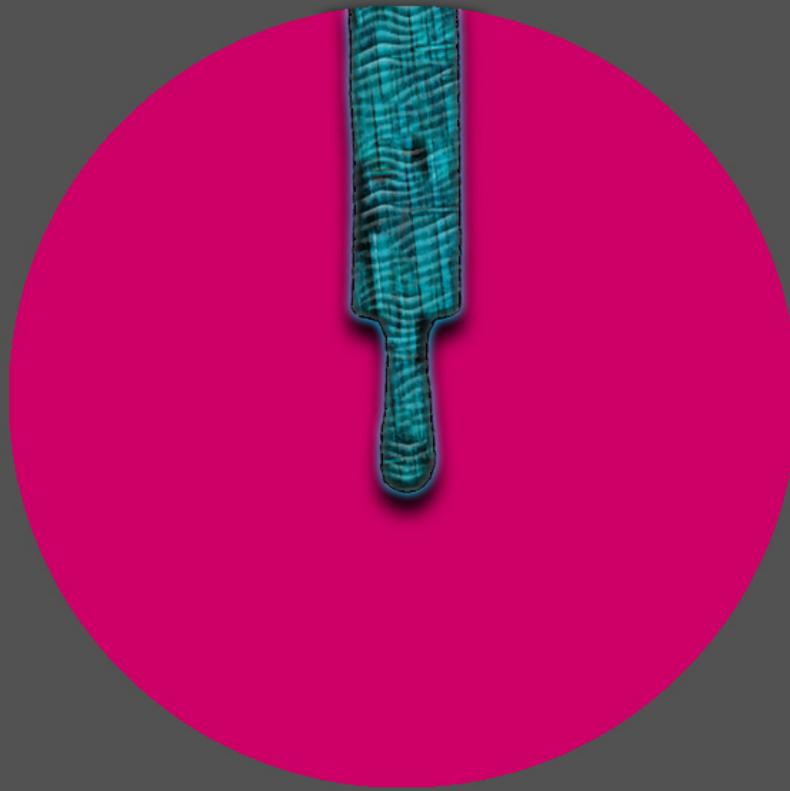


Jueves por la tarde

Fernando Muñoz

**JUEVES
POR LA TARDE**



FERNANDO MUÑOZ

Capítulo 1

Un niño

Los juegos de simulación eran los favoritos de Andrés. Construir casas, gestionar ciudades, diseñar redes ferroviarias... Todos le permitían crear un mundo a su gusto. Un mundo donde la gente fuese buena y amable, donde nadie pasara hambre ni sed, donde todos tuvieran de todo sin que nadie sufriese consecuencia alguna. Un mundo en el que poder detener el tiempo cuando ocurriera algo malo y retroceder para evitarlo.

Andrés jugaba en su ordenador todas las tardes. Tan pronto como llegaba a casa hacía los deberes que no hubiera adelantado ya en el recreo, tomaba una rápida merienda preparada por su madre y subía las escaleras hasta su habitación, donde unos grandes auriculares lo aislaban del mundo y el monitor le hacía olvidarse de todo, concentrado en el orden de sus granjas, aldeas y aeropuertos.

Tomó un trago de agua, dejando la botella prácticamente vacía, e invirtió unos cuantos millones virtuales en un complejo amazónico de bungalós.

Aquello era mejor que el colegio, donde todos los niños de cuarto de Primaria pasaban el tiempo libre jugando al fútbol mientras las niñas se divertían en grupos que no admitían miembros masculinos. No se llevaba mal con sus compañeros. Simplemente no encajaban. Lástima que Luis se hubiera mudado el último año. Pasaban buenos ratos juntos e incluso se visitaban de vez en cuando.

Pero los videojuegos también eran entretenidos.

Apuró la botella y miró su reloj de pulsera, tumbado sobre el escritorio, como cada vez que se sentaba ante el ordenador. Eran las ocho y cinco. Aún tenía una hora por delante para seguir jugando.

Pausó el simulador de gestión hotelera, se despojó de los auriculares y salió de la habitación botella en mano. Su complexión delgada y la costumbre de caminar descalzo dentro de casa otorgaban a su andar un silencio que en más de una ocasión había provocado el sobresalto de sus padres al aparecer junto a ellos repentinamente.

Cuando dejó atrás los últimos escalones y giró a la izquierda para entrar en la cocina fue él quien se asustó ante la inesperada imagen.

Tumbada, su madre pataleaba mientras recibía las fuertes puñaladas de alguien vestido de negro. La sangre había salpicado el horno y varios armarios de la cocina; también se extendía por el suelo, uniéndose a su madre con aquella persona.

Las piernas de Andrés estaban temblando. No sabía cuándo había respirado por última vez. No podía. Tal vez no supiera. Quizá hubiera olvidado cómo respirar, cómo moverse, cómo no hacerse pis encima.

Su madre tampoco se acordaba de respirar. Todo rastro de vida había desaparecido.

La persona vestida de negro se irguió y Andrés notó que algo empezaba a subir desde sus pulmones. Un gemido escapó de su boca. Y quien acababa de asesinar a su madre lo oyó.

Andrés pudo ver los ojos de la persona por la abertura del pasamontañas, la única parte de la figura que no era completamente negra. Y lo último que vio en la cocina antes de correr en sentido opuesto fue a la figura abalanzándose sobre él.

Cruzó el salón sin ser atrapado y abrió con manos nerviosas la puerta corredera de cristal que daba a la terraza. Esquivó la mesita en la que sus padres tomaban el café los domingos y atravesó el césped haciendo acopio de todas sus energías, sabiendo que aquella figura lo estaba persiguiendo.

Rodeó el lateral de la casa y el césped dio paso a la losa de piedra, dura bajo sus pies. El aire de la tarde helaba sus pantalones mojados. Su mente trabajaba a la misma velocidad que sus piernas, buscando un lugar donde esconderse.

El seto. La verja que delimitaba su jardín por el lado derecho estaba precedida de un macizo seto que podía ocultarle.

Atravesó con esfuerzo el ramaje, recibiendo en su corto camino una docena de arañazos en los brazos y la cara. El espacio que quedaba entre el seto y la verja era aún más estrecho que su torso. Si respirase con demasiada fuerza las hojas del otro lado se moverían, delatando su presencia. Si dejaba caer la espalda, la verja gritaría. No podía trepar hacia la casa de los vecinos, pues el seto interrumpía su camino hacia el cielo mucho antes que la verja, dejándola al descubierto. Tampoco podía gritar pidiendo auxilio ya que sus vecinos solamente vivían ahí los fines de semana.

No tenía más remedio que esperar. Esperaría a que su padre llegase y acabara con ese intruso. A menos que el intruso lo acuchillara, como había hecho con su madre. O tal vez su madre no estuviera muerta.

y en ese momento se encontrase llamando a la policía. Tan solo tendría que esperar hasta oír las sirenas para saber que todo saldría bien.

Y también podía esperar a que un cuchillo surgiera de entre las hojas para rebanarle el cuello, tras seguir el rastro de pis que había dejado a su paso sobre el suelo de piedra.

Estaba perdido, lo sabía muy bien. Tal vez, si consiguiera moverse con la suficiente cautela, lograría recorrer el largo de la verja sin hacer del seto un reclamo para asesinos.

Comenzó a andar lateralmente. Unas hojas secas crujieron bajo sus pies. Se quedó inmóvil, escuchando.

Y lo oyó. Alguien se movía por el suelo de piedra. Sabía quién era.

Dejó de respirar. Su pie izquierdo no estaba completamente apoyado, evitando el ruido de las hojas. El equilibrio empezaba a fallarle.

Los pasos se acercaban. Eran más fuertes a su izquierda, hacia donde él mismo había empezado a dirigirse.

Dejó de oírlos. La persona se había detenido. O se había alejado. Podía estar buscándole a través del sonido, rastreando su respiración, sus latidos, sus parpadeos. O quizá se hubiera alejado lo suficiente como para desaparecer y no volver jamás. No lo sabía. No podía saberlo. Su única opción era mantenerse silenciosamente quieto.

Pero su pie necesitaba descansar, o terminaría haciendo caer todo el cuerpo. Bajó el talón con lentitud, la suficiente para convertir el crujir de las hojas en algo más suave que un susurro.

Esperó. Había logrado que su respiración fuese inaudible, pero tragar saliva en silencio era mucho más difícil.

Algo hizo temblar las ramas del seto. Podía ser un pájaro. Y podía ser una mano buscando agarrar su camiseta y tirar de él para asestarle mil puñaladas mientras lo retenía contra el suelo de piedra.

En su empeño por mantenerse imperceptible no se había percatado de que estaba llorando. Y entonces fue peor. Su respiración se agitaba, conteniendo el llanto. Los ojos le ardían y necesitaba frotárselos.

Pero aguantó. Aguantó inmóvil y en silencio, a la espera. Aguardando hasta el momento en que la figura dejara de acechar.

El color del cielo había cambiado. No sabía cuánto tiempo había permanecido entre el seto y la verja. Miró su reloj, pero solo encontró su muñeca desnuda. El reloj estaba esperándole sobre el escritorio.

Oyó un coche. Se alejaba. No, se acercaba. Y se detenía. Apagaba el motor. Tal vez fuera su padre. La puerta del jardín se abrió y volvió a cerrarse con estruendo metálico. Era su padre. Y había llegado para ser asesinado.

Andrés quería gritar, advertirle de que iba a morir a cuchilladas si entraba en casa. Pero, si lo hacía, él también moriría. Morirían ambos.

Su corazón aceleró violento, reclamando una decisión. La angustia envolvió su cabeza con el agudo dolor de cien clavos.

Reemprendió el camino que había tomado minutos atrás, sin saber por qué, esperando una solución. Sus sollozos ya eran audibles. Las lágrimas bajaban por su cara y le salaban los labios.

Su padre dijo algo. Andrés se detuvo. La voz de su padre sonó otra vez. Era un grito. Su padre estaba muriendo, como su madre poco antes.

Andrés no resistió más y atravesó el seto. La puerta trasera de la cocina estaba abierta y de ella procedían los gritos de su padre. No sería capaz de salvarle, pero morir no le daba tanto miedo como encontrar a su padre irremediadamente muerto.

Y lo vio. A través de la puerta trasera de la cocina vio de nuevo el cadáver de su madre. Estaba siendo abrazado.

—Andrés —decía su padre con una voz que jamás había oído—. ¿Qué ha pasado, Andrés?

Capítulo 2

Una mujer

Julia no podía sentirse más satisfecha. La primera parte del proyecto había concluido de manera inmejorable, como bien indicaba su informe de resolución. Quería ver volar las horas, que la noche cayera, volver a despertar, llevar a Andrés al cole y estar de nuevo en el laboratorio. Pero a la tarde le costaba avanzar, por muchas veces que relevara esas líneas desde el sofá del salón. La ilusión casi obsesiva por seguir trabajando le hizo olvidar que no había comido nada desde el mediodía. Con un gruñido, su estómago le recriminó la prolongada falta de atención. El reloj sobre la chimenea señalaba que aún no eran las ocho. Tal vez diera con algo ligero que no le quitase más tarde las ganas de cenar.

Dejó el informe sobre la mesa y se dirigió a la cocina. Medio sándwich de pavo, eso tomaría.

Colocó en un platito una rebanada de pan de molde y, sobre ella, dos lonchas de fiambre. Las cortó diagonalmente con un grueso cuchillo que cogió del colgador imantado y apiló una mitad sobre la otra. Se hizo con una servilleta y giró sobre sí, emprendiendo el camino de vuelta al sofá.

Algo la retuvo. Acababa de darse cuenta de que prefería acompañar el sándwich con una bebida. Se sirvió un vaso de zumo de melocotón y regresó al comedor.

Su estómago quedó gratamente serenado con el tentempié. De repente se sintió culpable. Deseó que el hambre no se hiciera de rogar en el momento en que Emilio llegara a casa, Andrés saliera de su habitación y se sentaran todos juntos para cenar.

Volvió a levantarse y tomó el plato y el vaso. Quería deshacerse de la prueba del delito.

Si Julia hubiera echado un vistazo a la parte trasera del jardín, se habría encontrado con la persona que planeaba matarla. Pero, dado que no tenía ningún motivo para hacerlo, se limitó a dejar su carga en el fregador. Tras una breve visita al cuarto de baño, recuperó su puesto en el sofá, completamente indefensa.

No era el dinero, como tampoco era el reconocimiento; lo que ilusionaba a Julia era su trabajo por el mundo. Por Andrés, por Emilio y

por tanta gente que lo merecía.

La caprichosa pugna entre fantasear con el día siguiente o permitir al tiempo transcurrir con su velocidad habitual fue resuelta con una última ojeada al informe, que sirvió para dar las buenas noches al proyecto de energías limpias. Encendió el televisor y buscó con qué entretener su impaciente descanso, ajena a la presencia que acababa de entrar al salón.

Ocurrió mientras pasaba de un canal de documentales a otro de series. Su coronilla recibió un duro impacto que repercutió cuello abajo hasta deslizarse por la columna vertebral. Las raíces de sus dientes cobraron vida, presentándole un dolor que nunca había conocido. El medio sándwich de pavo escuchó atento la llamada de la náusea.

Elevó las manos a la cabeza mientras sus piernas la ponían en pie, tentando a un equilibrio que parpadeaba. Miró por encima del hombro con movimientos torpes y dio con el hombre vestido de negro, de pie tras el sofá. ¿A qué había venido ese golpe? ¿Por qué entraría alguien en una casa solo para molestar a sus habitantes agrediéndolos de esa forma?

A menos que esa no fuera la razón. Fue entonces cuando Julia entendió que lo que pretendía aquel intruso era matarla. Y ella debía defenderse. ¿No acababa de usar un cuchillo? Sí, y estaba en la cocina. Le convenía ir hasta ahí.

Se valió de las paredes para apoyarse en su viaje a la cocina. No consiguió entrar sin ser agarrada del pelo con un tirón que le hizo sentir latigazos en el cuello. Julia aferró el brazo que la sujetaba, pero su dueño logró tirarla al suelo con una patada en el tobillo. Julia no soltó a su agresor y lo arrastró con ella. Cuando trató de zafarse, él recuperó el control de sus rizos y le estrelló la sien contra el suelo de la cocina. Dos veces. Su mareo aumentó.

Algo entró en su cuerpo. Por la espalda. Frío.

Gritó.

Su asesino le soltó el pelo para cubrirle la boca y mantener su cabeza bien aprisionada contra el suelo. Julia intentó quitarse esa mano de encima para poder gritar y alertar a Andrés, pero aquel hombre estaba cargando todo el peso sobre su mandíbula, que amenazaba con sucumbir a la presión.

Recurrió a sus piernas. Trató de golpear al hombre y, al mismo tiempo, de arrancar el suficiente ruido del suelo.

Y recibió un golpe en el vientre. Tan fuerte y agudo que la atravesó.

El arma salió de ella, desgarrando más tejidos.

Otra cuchillada. Más alta. Algo se rompió dentro de ella. Pudo oírlo.

El metal regresó al exterior con la misma brusquedad con que se había adentrado y cargó de nuevo, muy lejos de su anterior ataque, topándose con la cadera en una chirriante incrustación.

La pierna derecha de Julia estaba histérica, descontrolada.

El cuchillo buscó su pecho y la asaltó por última vez con un golpe seco. La náusea se multiplicó. Su consciencia fluía a través de las heridas y se derramaba por el suelo.

Capítulo 3

Un hombre

Ha llegado. Es la cuarta casa desde abajo, la de la chimenea metálica. El muro trasero no es muy alto. Podrá superarlo con facilidad.

Se coloca el pasamontañas y otea por encima de la tapia.

Puede verla a través de una ventana.

Tiene que matar a esa mujer.

Comprueba su cinto. El cuchillo sigue ahí, esperando.

Apoya los brazos en el límite del muro y se impulsa. Cae silenciosamente en el suelo del jardín, mullido por las agujas secas de pino.

Hay una puerta. Está abierta. Se acerca a ella. Da paso a la cocina. Esperará fuera, sin que pueda verle. La oirá llegar. Y, entonces, lo hará.

Se concentra en lo que está a punto de ocurrir. La va a matar. A sangre fría. La atrapará desde atrás y le apuñalará el pecho. Ella tratará de defenderse. Y él habrá de seguir. Hasta que muera.

Debe hacerlo. Es la tarea que se le ha encomendado.

Y la oye. Ha entrado en la cocina. Su corazón se descontrola, su boca se vuelve áspera. La realidad parece haberse marchado. Lo envuelve una sensación de artificio, donde todo es dudoso. Ella está a unos metros, viva, pero dejará de estarlo. Él espera, pero atacará. Nada es seguro.

Pero tiene que enfrentarse a esa irrealidad. Tiene que hacerla tangible.

Por Cristina.

Desenfunda el cuchillo.

Por Cristina.

Toma aire.

Por Cristina.

Cruza el umbral.

Por Cristina.

Pero la mujer ha desaparecido. Atraviesa la cocina con cautela. Y la ve. Está abriendo una puerta, entrando a otra habitación, cerrando la puerta.

Su arrojo acaba de abandonarle. Y él ha regresado al temor inicial.

Iba a hacerlo. Lo habría hecho.

Ahora no. La realidad ha vuelto a cambiar.

Si la mujer vuelve al salón. Si se sienta otra vez en el sofá. Si él le sujeta la cabeza. Entonces podrá rebanarle el cuello. De lado a lado.

Pero tampoco será fácil. Ella podrá gritar, sujetarle las manos. Morderle.

A su izquierda, en la figura hueca de un conejo con sombrero de cocinero, hay un rodillo para amasar.

La aturdirá. Desmayada, no podrá resistirse. Y él podrá cumplir su misión.

Un ruido. Es agua. Una cisterna. La mujer abrirá la puerta de nuevo.

Se hace con el rodillo y regresa al frío exterior, enfundando el cuchillo. Ella abandona el cuarto de baño.

No oye a los pájaros, ni el viento que zarandea las ramas de los árboles. Tan solo escucha el silencio de la cocina vacía.

Mira al interior. La mujer ha debido volver al salón. Cruza de nuevo la puerta.

Y la ve. Está en el sofá, dándole la espalda. Sigue leyendo. Solo tiene que llegar hasta ella, blandir el rodillo, encargarse de su cuello y acabar con la misión.

Pero todo está en silencio. No hay ruido que amortigüe sus pisadas a medida que se acerque.

Ella enciende el televisor. Su candidez le ha proporcionado una oportunidad dorada.

Es el momento. Ha de hacerlo ya. Sin pensar.

Para que Cristina sea libre.

Camina de puntillas hasta llegar al sofá. Sujeta el rodillo con las dos manos y lo levanta por encima de los hombros, como si se tratase de un mazo de feria.

Carga con todas sus fuerzas contra la cabeza de la mujer. Incluso sus músculos se resienten.

Pero ella no cae abatida. Se lleva las manos al lugar del golpe y consigue ponerse en pie, no sin cierta torpeza.

Le mira. Tiene los ojos desorbitados. Aunque mantiene cerrados los labios, el inferior está algo adelantado, lo que confiere a su cara el aspecto de un pez.

No había contado con que ella resistiera el impacto. La ve moverse, rodear el sofá y dirigirse a la cocina.

Él sale de su sorpresa y corre tras ella. Aferra su pelo rizado y le patea una pierna para buscar su desequilibrio, pero la mujer le ha tomado por el brazo y le hace caer con ella.

Ella intenta incorporarse, pero él mantiene su pelo bien agarrado y va a aprovechar esa ventaja. Con tirones y sacudidas, recurre al cerámico suelo para conseguir la meta que no ha podido cumplir el rodillo.

Pero sigue consciente. No queda tiempo para los matices. Ha de hacerlo, a pesar de las circunstancias. Vuelve a empuñar el cuchillo y lo hunde en la espalda de la mujer.

Arroja un alarido a la cocina. Tiene que evitarlo. Suelta los rizos rubios para cubrirle la boca. Ella está tumbada sobre su lado izquierdo. Busca con las manos el brazo que la amordaza. Él debe continuar.

Le apuñala el vientre. La mandíbula de la mujer se tensa en un grito mudo bajo su mano. Sigue lanzando cuchilladas mientras ella se

contorsiona en frenético pataleo.

Tiene que acabar ya. Lleva el cuchillo hasta los senos de la mujer, tanteando en busca de un hueco entre las costillas que lo lleve directo al corazón.

Y lo encuentra. Presiona con rapidez hacia el interior. Se le asemeja a conectar un enchufe.

En cuestión de segundos la mujer ha cesado sus movimientos.

La ha matado. Y ni siquiera sabe quién es.

Pero se trataba de elegir. Ella o Cristina.

Tiene que grabar el video. Se pone en pie.

Oye algo. Mira tras él.

Un niño le está mirando. Y va a delatarle. Pero él aún tiene el cuchillo en la mano y puede evitarlo.

Da un primer paso y el niño huye a toda velocidad. Él se detiene. Recuerda que el pasamontañas cubre su rostro. Y recuerda también que no le mencionaron nada acerca de eliminar a ningún testigo.

Su garganta se anuda. Acaba de matar a una mujer y ha tenido que reprimir el impulso de hacer lo mismo con un niño.

Respira. Trata de racionalizar lo ocurrido, diluyendo sus actos en la fuerza de las causas. Le resulta paradójico, pero se debe conceder el capricho de no sentirse culpable.

Quiere salir de ahí. Pero antes ha de tomar el video. Guarda el cuchillo y saca su móvil.

El cuerpo de la mujer aparece en la pantalla, reducido e inerte. Encuadra su cara, sus heridas, su pecho carente de respiración.

Guarda el móvil y sale de la cocina por la misma puerta que usó para allanarla. Mira la tapia que saltó minutos atrás; a su lado, un seto; más allá, el muro que separa el jardín de la calle. Quiere volver cuanto antes. Cruza el jardín y abre la puerta exterior, abandonando el horrible escenario.

Ahí está su coche, con los dos hombres en los asientos

delanteros. El que está al volante baja la ventanilla.

Él no dice nada. Tan solo les muestra el vídeo, como le han indicado.

—Quítate eso —le ordena mientras deja libre el asiento del conductor para situarse en los traseros.

Él se despoja del pasamontañas, ocupa su lugar habitual en el coche y cierra la puerta. El que está a su lado le encañona con una pistola y le muestra un papel donde hay una dirección escrita.

—Ahora vas a llevarnos aquí. Cuando lleguemos, te diremos dónde puedes encontrar a tu mujer.